

## LO POLÍTICAMENTE CORRECTO EN UN MUNDO GLOBALIZADO

DR. GILBERTO GUTIÉRREZ LÓPEZ\*

En un opúsculo dedicado a analizar la norma del gusto David Hume afirmaba que quienes inventaron la palabra caridad y la usaron en buen sentido inculcaron más claramente y con mucha mayor eficacia el precepto sed caritativos que cualquier pretendido legislador o profeta que insertara una máxima semejante en sus escritos. Con esto no hacía mas que reconocer, como tantos otros antes y después de él filósofos, predicadores, políticos, publicitarios o educadores, el poder del lenguaje para hacer cosas con palabras. Porque el lenguaje no sirve tan solo para describir objetivamente lo que las cosas son, sino para hacer que ciertas cosas sean o dejen de ser. Para hacer y para hacer que no se haga.

Para los griegos, apasionados del foro, las artes de la palabra eran un medio tan sutil para adquirir influencia como lo son en una democracia moderna y por ello prestaron mucho más atención que ningún pueblo a la teoría del arte de la oratoria. Sin embargo, Aristóteles, que define la Retórica como la facultad de ver todo lo necesario para persuadir a la gente en cualquier asunto, lamenta que se hubiese descuidado la parte referida a la argumentación a favor de los mecanismos destinados a suscitar la emoción de la audiencia (Ross: Aristóteles 384).

Modernamente los lingüistas distinguen tres áreas básicas en el estudio del complejo fenómeno del lenguaje. La semántica estudia las relaciones de los signos con aquellos que significan; la sintaxis estudia las relaciones formales, gramaticales, lógicas, de los signos entre sí; la pragmática, por último, estudia las relaciones de los signos guardan con quienes los usan, emitiéndolos o recibiendo los. Porque en muchos casos los términos del lenguaje, lejos de ser transparentes o neutrales, están cargados de valor y desempeñan una función práctica: ya sea la de expresar las actitudes positivas o negativas del bñate frente a determinados acontecimientos o formas de conducta, o, yendo más allá, la de inculcarlas en los oyentes.

\*Catedrático de Ética y Filosofía del Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

Charles Morris, uno de los fundadores de la pragmática señalaba que, además de los designados signos cuyo propósito es puramente descriptivo y cuyo significado es bastante transparente y neutro, existen otros tipos de signos entre los cuales incluía los evaluadores, que sirven para valorar, los proscriptotes, que buscan suscitar algún tipo de reacción, y los formadores, cuyo propósito es sistematizar y organizar la conducta global del receptor. Esta clasificación de los signos permite distinguir entre diversos tipos de discurso, incluyendo el político y el propagandístico, y reconocer que los signos pueden poseer una función pragmática capaz de actualizarse en cualquier enunciado significativo, dependiendo de las condiciones de comunicación.

El conocimiento de tales posibilidades del lenguaje no está reservado a los especialistas. Los hablantes corrientes en el uso cotidiano del lenguaje echamos mano de los múltiples recursos de que dispone la lengua para ir más allá de la mera descripción objetiva de la realidad. Por ejemplo, para disimularla, como ocurre con los eufemismos. El eufemismo es una especie de doble lenguaje, un recurso permanente y normal de todas las lenguas o, con más propiedad de sus hablantes, para evitar lo que pueda haber de ofensivo o hiriente en el exceso de precisión o en el conocimiento sin ambages de una realidad poco agradable.

En su origen, el verbo Eufemio designa tanto el pronunciar palabras de buen augurio como el silenciar las de mal augurio. Los griegos ya evitan llamar a las terribles diosas vengadoras por su verdadero nombre de Erinia, las furias de los romanos, eligiendo en su lugar el espítelo propiciatorio de Euménides, las benevolentes o bienintencionadas; y al amenazador Mar Negro lo llamaron *pontos euxinos*, el más hospitalario y acogedor.

Todas las lenguas han atesorado siempre un rico repertorio de expresiones dulcificadas y vagas, de circunloquios y perífrasis, que responden a variados propósitos como el de evitar lo que se estima vulgar, usando cabello en vez de pelo, seno en vez de pecho y este a su vez en lugar de..., ennoblecer la profesión, usando profesora espartos en vez de comadrona o partera; mitigar una evocación penosa, llamando invidentes a los ciegos, económicamente débiles

a los pobres; respetar tabúes sociales, religiosos, morales, etc. Empleando mama en vez de madre, bebido por borracho, diez en vez de Dios o caramba en lugar de...

Podríamos hacer una interminable lista de términos con los que en nuestros días evitamos llamar por su nombre, con permiso de los lingüistas y filósofos que podrían no estar de acuerdo con la idea de que las cosas tienen sus propios nombres –a cosas tales como los sitios donde se eliminan los residuos de la digestión (excusados, servicios, aseos, lavabos, *water closets*, inodoros, retretes, y no digamos al hecho mismo de eliminarlos– aliviarse, hacer de vientre, etc.; o al conjunto de actividades y acontecimientos que se desarrollan en torno al sexo, desde la cópula hasta el parto, sobre las que podemos ahorrarnos los detalles. Todo esto sin contar con que la búsqueda de eufemismos es generalmente un *progressus in infinitum*: la propensión de los nombres a referirse a las cosas mismas que nombran es tan tenaz que vuelve efímera la victoria de cada nuevo eufemismo. El significado de la cosa aflora a la superficie y lo contamina, por lo que es necesario sustituirlo por otro. Y así para siempre.

Sin pretensiones de exhaustividad ni de excesivo rigor histórico, pero con el propósito de contribuir al debate, considero oportuno indicar tres momentos históricos sucesivos que responden a tres tipos de recurso al eufemismo, cada uno de los cuales representa una forma más sutil e insidiosa de censura y que sugieren la conveniencia de estar alerta en defensa de la libertad de pensamiento, de lenguaje y de expresión, sin la cual no sólo la institución universitaria o la opinión pública, sino la propia democracia avanzada, puede sobrevivir.

## 1

En primer lugar, la segunda mitad del siglo XIX. Por complejas razones históricas en esta época –más o menos identificado en Europa con el predominio de la llamada “moral victoriana”– alcanzó su apogeo el uso y abuso social del eufemismo moralizante, cuya riqueza en rodeos pudibundos constituye una verdadera antología universal de la ñoñez. Pero lo característico del recurso decimonónico al eufemismo era que formaba parte de una práctica difusa y

relativamente descentralizada, que se había instalado con éxito en los hábitos sociales de comportamiento sin que nadie se hubiese propuesto deliberadamente imponerla. Es decir, algo situado en el nivel latente y tácito de lo que Ortega llamaba creencias. Y relativamente inocuo en comparación con lo que habría de venir.

## 2

El siglo XX conoce sin embargo una manera muy diferente de recurso al eufemismo. Diferente por lo que ha tenido de práctica sistemática, deliberada y centralizada y por la creciente eficacia de los mecanismos por los que se trataba de implantar. No se trataba, como en el siglo anterior, de elegir términos delicados para lo que pudiese sonar poco delicado cuanto de configurar una determinada manera de ver la realidad más conforme a un determinado propósito político. En las sociedades democráticas –y a reserva de lo que más adelante haremos observar a propósito de lo políticamente correcto– el propósito parece en principio piadoso y bienintencionado: se rebautizan algunas realidades poco gratas para mejorar su apariencia. Como vimos antes, se ha dado en llamar, por ejemplo, a las *basuras, residuos sólidos urbanos*, a los *barrenderos, empleados de los servicios de limpieza, a las criadas o sirvientas, empleadas del hogar*.

Pero algo muy distinto ha ocurrido en los regímenes totalitarios, en los que el eufemismo aparece como una forma de censura concomitante con un proyecto de ingeniería social impuesto por la fuerza. En su clásica *distopía 1984* –trasunto transparente de la Unión Soviética estalinista– así como en diversos apéndices y artículos, George Orwell describe el mecanismo de destrucción del viejo lenguaje y la creación de uno nuevo con el deliberado propósito de sustituir la realidad antigua por una nueva y ominosa realidad. *1984* presenta un cuadro terrorífico del alcance de las modernas técnicas de control de ideas, aun cuando en 1948 aún estaba lejos de imaginarse la potencialidad que podría alcanzarse con el vertiginoso desarrollo de la informática y de la red global.

Orwell imagina que en 2050 la *Neolengua (newspeak)* no sólo sería el lenguaje oficial de Oceanía, sino que habría eliminado por

completo la Vieja Lengua (*oldspeak*) –el inglés ordinario. El propósito de la neolengua no era sólo facilitar a los habitantes de Oceanía los medios de expresar la visión del mundo y los hábitos mentales adecuados, sino hacer imposible cualquier otra forma de pensamiento. Una vez que se hubiese adoptado definitivamente la Neolengua, y se hubiese olvidado la vieja, cualquier idea herética o heterodoxa, sería literalmente impensable, al menos en la medida en que el pensamiento depende del lenguaje.

La función que desempeñaban muchas de las palabras de la neolengua no era tanto la de expresar significados como la de destruirlos. En la lexicografía orwelliana el “vocabulario B” estaba compuesto por palabras construidas deliberadamente con propósitos políticos, pero no sólo por tener en cada caso una implicación política sino por obedecer a la voluntad de imponer una actitud mental deseable en quienes las usasen. Ninguna de esas palabras era ideológicamente neutral. Muchas de ellas eran eufemismos y significaban exactamente lo contrario de lo que parecían significar: *campo de alegría* (*joycamp*) significaba *campo de trabajos forzados*; el *Ministerio de la Paz* (*minipax*) era en realidad el *Ministerio de la Guerra*. Otras eran ambivalentes y tenían la connotación de “bueno” cuando se aplicaban al Partido y de “malo” cuando se aplicaba a sus enemigos.

Por poner un ejemplo: la palabra “libre” seguiría existiendo en la neolengua, pero sólo podría emplearse en expresiones del tipo “el perro está libre de pulgas”, pero no en el sentido de “política o intelectualmente libre”. Porque la libertad intelectual y política habrían desaparecido por innecesarias y, en consecuencia, no existirían ni siquiera como conceptos y serían forzosamente “innombrables”. Uno de los efectos de la sustitución de la vieja lengua por la neolengua es por tanto la redefinición de lo que cuenta como realidad. El logro más refinado de la censura no es ya permitir al gobierno corregir lo que se dice y hace hoy o se va a decir o hacer mañana, sino, pero aún, borrar lo que consta o se recuerda que se dijo o hizo ayer: la reescritura de la historia.

El tercer momento sería el contemporáneo, aunque el hecho de vivir inmersos en él nos impida distanciarnos lo suficiente para juzgarlo con la perspectiva y la ecuanimidad necesarias. Desaparecidos

felizmente los regímenes totalitarios que pervirtieron la condición humana en el pasado siglo, en nuestros días todavía seguimos pagando las consecuencias de la insidiosa asociación de eufemismo y censura. A diferencia de lo que ocurría con las tiranías totalitarias, no puede hablarse de un centro único de censura o control sistemáticos del lenguaje o del pensamiento. En este aspecto puede compararse con la situación del siglo XIX. Se trata más bien de un control difuso, latente, tácito, aunque ciertamente en muchas ocasiones se pueda señalar a quienes lo ejercen de forma más o menos sistemática, por ejemplo, medios de comunicación muy concretos. Sin embargo, y a diferencia de lo que pasaba con la relativamente inocua mojigatería decimonónica, el control va mucho más allá de la mera inhibición verbal y corre el riesgo de inhibir de raíz, sin que nos percatemos de esto, el atrevimiento de pensar libremente.

En palabras de Robert Hughes, autor de *La cultura de la queja*, nos encontramos “en un período en el que la intolerancia se combina con un gusto empalagoso por el eufemismo”. Esta combinación produce un tipo de censura relativamente inédito en la historia y que, no sin muchas vacilaciones, me atrevo a designar como la de lo *políticamente correcto*. Estas vacilaciones se deben al hecho de que el término tiene, por una parte, un origen histórico más o menos concreto. Pero, por otra y como tantas veces ocurre –con el término *fascista*, por poner un ejemplo– tenemos aquí otro caso en el que un vocablo se desvincula de su original y precisa referencia, emigra a otros campos semánticos, hace fortuna y se convierte en una palabra que compensa su escaso contenido descriptivo con una elevada carga emotiva.

El término y el concepto de lo *políticamente correcto* comenzó a emplearse en la década de los 80 del pasado siglo en los Estados Unidos para designar la adhesión a una ortodoxia considerada progresista en cuestiones que implicaban la raza, el género, las preferencias sexuales o la ecología. LA corrección política venía a sintetizar una serie de nociones que habían evolucionado gradualmente a lo largo de las décadas precedentes. El propósito de sus defensores era, en líneas generales, *persuadir* a la sociedad para que abandonase antiguos prejuicios y supuestos que afectaban a grandes ámbitos de la vida, ofreciendo a cambio un nuevo y variado repertorio de

términos con los que sustituir expresiones y denominaciones que se suponían falsas, hirientes, discriminatorias, socialmente peligrosas o, en general inadecuadas.

La novedad del término *políticamente correcto* fue pronto detectada por los lexicógrafos, y así, en 1992, el *Oxford Companion to the English Language* ya hacía notar que la expresión era aplicada, de forma peyorativa, por los académicos y periodistas conservadores, a las ideas y actitudes de quienes se opinan públicamente a determinados tipos de práctica como.

1. El uso de términos que se consideran explícita o implícitamente: *sexistas* (en especial por varones respecto a mujeres) *racistas* (sobre todo por blancos respecto a negros), *“capacitistas”* (si puede traducirse así *ableist*, de *able*, capacitado) para referirse a personas física o mentalmente “discapacitadas”.

*“edadistas”* (por *ageist* de *age*, edad) para referirse a determinados grupos de edad.

*“tamañistas”* o *“tallistas”* (*sizeist*, *heightist*) para designar a personas de talla diferente a la normal: bajos, gordos, etc.

2. El uso de *estereotipos*, como el de que las mujeres son en general menos inteligentes que los varones, los judíos avaros o los latinos perezosos.

3. El humor inadecuado, como los chistes que ridiculizan a cojos, calvos, homosexuales, minorías étnicas, etc.

El perfil sociológico más o menos impresionistas del adepto a la corrección política dibujaba una persona partidaria de medidas políticas como, entre otras muchas, la acción afirmativa, la discriminación inversa, el establecimiento de cuotas en la admisión a universidades o en la contratación laboral, el traslado obligatorio en autobús de los niños para asistir a escuelas integradas, la educación multilingüe, ect., con simpatías hacia el ecologismo y el rechazo al capitalismo.

La reacción a la corrección política se manifestó en un amplio abanico de respuestas que iban desde la aceptación entusiasta de algunas de las nuevas actitudes y del correspondiente vocabulario en un extremo hasta la virulenta hostilidad en el otro, pasando por diversos grados intermedios de crítica, muchas veces acompañadas de infinidad de parodias más o menos ingeniosas e hilarantes de

los innegables excesos del celo de los partidarios de lo políticamente correcto.

Los críticos ridiculizaron sin piedad las propuestas reales o imaginarias de corrección lingüística, recogiendo o inventando nuevas definiciones del lenguaje políticamente correcto, todas las cuales forman una divertida antología del eufemismo. En vez de *ciegos* había que hablar *de personas con un reto visual o fotónicamente no receptivos*; *los calvos son personas con un reto folicular, libres de peine o hirsutos alternativos*; *los muertos son hijos disfuncionales de la tierra, o personas con un reto biológico*; *los sordos, personas de orientación visual*; *el fracaso escolar, el logro de una deficiencia*; *el recreo, segmento de ocio*; *los gordos, personas con un reto horizontal*; *los negros, ricos en melanina o subsaharianos*; *lo peor, lo menos mejor*; *los alumnos charlatanes, verbalmente bien dotados*; *los que se duermen en clase están racionando la consciencia*; *el aborto, interrupción del embarazo*; *los presos, internos*; *las prostitutas, trabajadoras del amor*; *la vejez, tercera edad*; *los viejos, personas cronológicamente dotadas*.

Lo significativo del caso es que no resulta fácil entender por qué algunas de ellas se han quedado en el simple disparate cómico y otras no menos disparatadas han pasado a formar parte del lenguaje obligado o recomendado de las administraciones públicas o de los manuales de estilo de importantes medios de comunicación públicos y privados.

En muchos casos puede ser razonable adoptar reformas terminológicas que corrijan la pervivencia de estereotipos, por ejemplo, sexistas o raciales, que aparte de ofender innecesariamente, refuerzan la inercia de ciertos hábitos mentales que se traducen en prácticas discriminatorias. La cuestión merece discutirse detenidamente, porque no puede darse sin más por supuesta la eficacia del lenguaje para cambiar por sí mismo las actitudes mentales o las estructuras sociales. Hay mucho de ingenuidad, de beatería, de *wishful thinking*, de *realismo mágico*—no es el sentido literario, sino en el psicológico—y mucho desconocimiento de la naturaleza del lenguaje en la creencia en el poder creador y taumatúrgico del lenguaje. Orwell observaba en su ensayo *Politics and the English Language*, que “la política destruye el lenguaje sin desplazar la realidad una pulgada”. Pero hay



también mucho de satisfacción de la buena conciencia en el recurso al lenguaje políticamente correcto, como ciertos católicos o budistas creen que el mero recitado de *jaculatorias* o de *mantras atrae ex opere operato* la indulgencia divina. El ya citado Robert Hughes advierte que quienes así piensan, conciben el lenguaje políticamente correcto como una especie de “Lourdes lingüístico donde la maldad y la desgracia desaparecen en las aguas del eufemismo” (29).

Por último, no hay que olvidar que el uso de un lenguaje ortodoxo concede respetabilidad social y la satisfacción de reconocerse y ser reconocido como parte de los buenos, de los ilustrados o los progresistas y excluirse de la compañía de retrógrados y oscurantistas. Es un hecho reconocido que los que proponen el uso de términos “políticamente correctos” a menudo manifestaban una decidida intolerancia hacia quienes no compartían su ortodoxia progresista. En efecto, en un número creciente de casos se comenzó a proponer la proscripción administrativa o incluso legal del uso de determinados términos considerados “políticamente incorrectos”.

Con todo, la mayor trascendencia del asunto es precisamente la dimensión censoria de la corrección política, *la* pretensión de imponer la definición de lo que es histórica o incluso científicamente verdadero; de lo que es social, económica o políticamente progresista; y en consecuencia, de someter a los disidentes al silencio, al ostracismo o al escarnio académico, mediático, social o político. En algunos casos históricos ha tenido de hecho éxito en el desconocimiento o el falseamiento sistemático de amplias zonas de la realidad.

Por no alargar excesivamente la exposición me limitaré a mencionar dos casos en los que el uso de una determinada terminología tenida por políticamente correcta ha impedido o retrasado la movilización contra el asalto a la razón, a los derechos humanos, a la convivencia democrática y a la propia vida. Consciente de su formulación esquemática y no argumentada, me hará reo de incorrección académica.

El primer caso nos lo brinda la historia de las víctimas de la represión estalinista. Las investigaciones históricas recientes parecen demostrar sin lugar a dudas que la represión de Stalin causó el doble de víctimas que la dictadura nazi. Aunque las cifras exactas nunca se conocerán y las ofrecidas puedan discutirse, no se trata de una

cuestión cuantitativa, ni siquiera estrictamente histórica, sino sobre todo moral. Porque, pese a su enormidad, los crímenes comunistas aún no forman parte de la conciencia pública: durante muchísimo tiempo no ha sido políticamente correcto reconocerlos. Los intelectuales han guardado silencio sobre estos y en demasiados casos han contemplado con indulgencia, o incluso complacencia, la historia y los símbolos comunistas en el pasado. Como un eminente historiador contemporáneo, Juan Pablo Fusi, ha hecho observar, es “como si todos hiciéramos nuestro el aforismo de Stalin según el cual la muerte de una persona es una tragedia, y la muerte de un millón, mera estadística”.

Parte de la explicación puede encontrarse en el doble hecho de que la revolución bolchevique de 1917 fue uno de los grandes mitos de salvación de nuestro tiempo; y de que las dictaduras comunistas no se apoyaron, como el régimen nazi, en una megalomanía racista y de dominio, sino que se legitimaron en la doble ética de la revolución y del proletariado. Pero aún así subsiste lo que Martín Amis llama la *asimetría de la indulgencia* con que encaramos el mal en la historia. El Holocausto permanecerá como el mayor crimen contra la humanidad jamás cometido. Pero un silencio cómplice encubre, por el contrario, los crímenes del comunismo: “Todo el mundo –escribe Amis–, conoce Auschwitz y Belsen; nadie conoce Vorkuta y Solovetsky”, los campos de exterminio comunistas. “Todo el mundo conoce a Himmler y Eichmann. Nadie conoce –dice– a Yezhov y Dzerzhinsky”, los ejecutores de la represión estalinista.

Fusi concluye que es a la intelectualidad de izquierda y no al anticomunismo de la derecha, a la que moralmente corresponde revisar la tragedia soviética. Los crímenes de Lenin y Stalin, 20 millones de muertos, destruyeron moralmente el comunismo.

El segundo caso es más reciente, pero guarda estrecha relación con el anterior. Se refiere al empleo del término “fascistas” para caracterizar y condenar las actividades de la banda terrorista ETA en España. Tratándose de una organización que no sólo en su práctica sino en sus propios comunicados “teóricos” –por decir algo– manifiesta su inspiración marxista, leninista y estalinista –con un decisivo componente nacionalista– resulta a primera vista extraño el común empeño de los partidos democráticos de izquierda y de derecha en

negar la evidencia y persistir en llamarla fascista. Algunos clarividentes analistas del fenómeno opinan que, en el caso de las acusaciones procedentes de gente de la izquierda, se trata de una forma de tomar distancias. El estalinismo es algo que se considera condenable y espantoso, pero las circunstancias históricas y políticas del pasado siglo lo convirtieron en algo cercano y comprometedor para la izquierda. Sin embargo, el fascismo –el histórico– ha sido lo ajeno, el enemigo, algo de lo que no se puede acusar a la gente de izquierda. El fascismo era una perversión, mientras que el estalinismo era una exageración. Y la derecha, por complejo histórico, por mimetismo, por si las moscas y, en definitiva, por la presión de lo políticamente correcto, comparte esa calificación. No es cosa de extenderse aquí en las complejidades del asunto, pero una regla de oro de cualquier estrategia racional es no equivocarse sobre la verdadera naturaleza del enemigo.

Quiero concluir con una observación de Orwell sobre la corrección política, evidentemente *avant la lettre*: la única salvaguarda contra ella es ser concreto. La corrección política puede llegar a hacer que las mentiras suenen veraces y que el asesinato parezca respetable.